

De nosotros para nosotros

Alejandro Pombo Castro



DIPLOMA 2021

De nosotros para nosotros

Alejandro Pombo Castro

De nosotros para nosotros

El sol empezó a salir a través de la verde espesura de la colina más alejada de la granja, el día en el que Gabriel cumplía quince años y se iría para siempre. Era amigo de Valentina desde que ella tenía recuerdos, eran inseparables. Cuando Valentina abandonase la granja, se volverían a reunir fuera y ya nunca se separarían. Saber que se iban a ver fuera no alivió el dolor que sentía Valentina cuando miraba al chico de pelo rizado castaño, de ojos verdes y estrechos hombros.

Todas las mañanas, desde muy temprano, Valentina y Gabriel tenían la tarea de adecentar el granero. Los dos amigos trabajaron en silencio y desganados, ninguno de ellos encontró las fuerzas para hablar. Un silbido fuera del granero llamó su atención, María miraba en su dirección y les hacía señas para que se acercaran. Resignados, se acercaron a la casa en silencio. Durante el trayecto no paraban de mirarse, ambos se estaban bebiendo con los ojos.

Cuando llegaron, Irma y Elizabeth se unieron a María, esperaban frente a la puerta. No vieron a Eyra por ningún lado. Dentro de la granja, cuatro mujeres se encargaban de educar y de cuidar a todos los niños que llegaban. A ninguna de ellas les gustaba emplear la palabra orfanato por lo que siempre se referían al lugar como granja. Todas eran muy diferentes entre sí pero igual de estrictas en cuanto a las normas que tenían que cumplir.

—¿Pasó algo? —preguntó Gabriel.

—Que sea un día especial para ti, Gabriel, no significa que tengáis que tardar tanto en limpiar el granero —dijo Irma.

—¿Para eso nos habéis llamado? —preguntó molesta Valentina pero bajó la cabeza ante la mirada de María.

—Como ya dijo Irma —intervino Eyra que se había acercado sin que ninguno de los dos la viera—, es un día especial para ti, Gabriel. Hoy es el día en el que vas a abandonar a nuestra pequeña familia y queríamos hacer algo especial, los demás niños han insistido mucho.

Gabriel miró sorprendido a Valentina y esta negó con la cabeza, ella no tenía ni idea. Dentro imperaba un caos de olores: carne asada, azafrán, hierbabuena, cilantro, curry y toda una variedad de aromas mezclados con el hedor que provenía del exterior. Eyra cerró todas las ventanas, hizo señas para que la siguieran y llegaron al comedor. Los niños saltaron de alegría al verlos llegar, las cuatro mujeres se separaron para que la comitiva sorpresa pudiera felicitar y abrazar a Gabriel, nadie lo notó

salvo Valentina, pero una lágrima le caía por la mejilla. El clamor infantil fue reducido a unos pocos susurros y a pequeñas palmadas en la espalda cuando Elizabeth pidió silencio.

—Es hora de comer —dijo Elizabeth.

Todos se separaron y tomaron los asientos que tenían asignados a los lados de la mesa. La mesa estaba repleta de comida, Gabriel y Valentina no podían apartar la mirada del banquete. Eyra se colocó detrás de la pareja y les empujó en dirección a sus asientos. Como era costumbre, el cumpleaños siempre se sentaba a la cabeza de la mesa, Valentina se sentó lo más cerca que pudo de su amigo.

—¡Carne! ¿Cómo la consiguieron? —preguntó Gabriel impresionado—, no tenemos tantas vacas como para tener carne.

—Un mercader vino ayer temprano y pudimos comprar un poco —contestó Elizabeth.

Antes de empezar a comer, se cogieron de las manos formando un círculo y dieron gracias por poder disfrutar de esos alimentos y por el esfuerzo que realizaron todos. Después de que acabaron la oración se lanzaron a comer como si les fueran a quitar la comida, los más pequeños apenas respiraban entre bocado y bocado y fueron increpados por Irma y María.

—¡Gabriel no te puedes ir! —gritó de repente Marcos—. La granja no será igual sin ti.

Las palabras de Marcos fueron secundadas por los demás niños mediante asentimientos de cabeza, gritos y golpes en la mesa.

—Si te vas nos quedaremos sin vacas por culpa de Valentina —intervino Estelle, la hermana gemela de Marcos que estaba sentada junto a este.

Las carcajadas sustituyeron a los gritos y a los golpes.

—A ver si nos vamos a quedar sin ti —contestó Valentina.

Los porrazos en la mesa y las risas se redoblaron. Las bocas se abrieron en muecas de infinita diversión, muchos de los niños se agarraban el estómago sin dejar de temblar y a algunos se les salieron los mocos. Valentina se fijó en Eyra, era la única que se reía con el resto, Elizabeth se tapó la boca con una mano para intentar ocultar una sonrisa, Irma no levantó la cara de rasgos marcados del plato, mientras que María se mantenía impertérrita.

La comida duró todo el mediodía y gran parte de la tarde. Los platos ya estaban vacíos pero nadie se quería levantar de la mesa. Las anécdotas y las bromas fueron las protagonistas, incluso

Eyra y Elizabeth contaron historias de cuando Gabriel era pequeño. Entre chanza y chanza, entre historieta e historieta, Valentina tragaba con esfuerzo intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. Estelle estaba hablando pero fue interrumpida por el ruido que causó Irma al levantarse y arrastrar la silla.

—Es la hora de recoger —dijo Irma.

El resto de las mujeres se levantó al oír las palabras de Irma y eso fue una señal para que todos hicieran lo mismo y empezaran a recoger la mesa. Los niños fueron los encargados de hacer todo el trabajo bajo la atenta mirada de Irma y María. Elizabeth y Eyra se marcharon poco después de que hubieran empezado. Al terminar de limpiar, el sol apenas se veía por las ventanas.

Todos en el comedor se colocaron sonrientes frente a Irma y María.

—¿Podemos ir a jugar? —dijeron Estelle y Marcos a la vez.

—No —contestó Irma, empezaron a protestar pero se callaron al ser víctimas de las miradas de María—. Tenemos que esperar a que lleguen Elizabeth y Eyra.

Las palabras de Irma fueron una llamada para que aparecieran por la puerta. Elizabeth llevaba una maleta y Eyra, otra.

—Es la hora —dijo Elizabeth mientras soltaba la maleta.

A pesar de que no dijo nada más, todos supieron a qué se refería. Los más pequeños empezaron a llorar, el resto abrazó a Gabriel, excepto Valentina que ni lloró ni lo abrazó, negaba con la cabeza mientras miraba las maletas en el suelo.

—Valentina, espero que sepas ordeñar las vacas sin que esté yo para tranquilizarlas, eres muy bruta —dijo Gabriel cuando se acabaron los abrazos, se acercó a Valentina y le cogió las manos.

—¿Así es como te vas a despedir de mí? —dijo Valentina, lo hizo con una voz apagada, como si le faltara el aliento.

—Esto no es un para siempre, ya lo sabes —dijo Gabriel, le limpió las lágrimas y la abrazó.

—Tenemos que irnos —interrumpió María.

No hubo tiempo para más palabras. Elizabeth, María, Irma y Gabriel salieron de la granja. Nadie quería irse a los dormitorios. Estelle y Marcos, que siempre seguían a Valentina y a Gabriel, miraban la puerta sin decir una palabra mientras que los demás no paraban de gritar. Valentina subió las escaleras corriendo.

Valentina entró en la habitación y cerró la puerta. Se dejó caer al suelo, apoyó la cabeza contra la puerta, no pudo contenerse más y rompió a llorar.

Todos los colores desaparecieron, tan solo existía el negro, Valentina no supo cuánto tiempo estuvo llorando, la luna ocupaba el lugar del sol en el cielo. Se levantó y caminó hacia su cama para poner fin a aquel día. Al acercarse, se fijó en la cama de al lado, la de Gabriel. Sobre ella estaba su amuleto de la suerte, una piedra fina y pequeña con forma de estrella. Gabriel no podía irse sin él, lo apretó contra su pecho y sin pensarlo dos veces, salió de su cuarto para ir a buscarle. Fuera se topó con los gemelos custodiando la puerta, impedían a los demás entrar. Bajó a la primera planta y entró en el cuarto de baño. Una vez dentro, Valentina salió por la ventana que daba a la parte trasera de la granja y se dirigió a la puerta principal. Vio las marcas de una carreta y las siguió.

Las huellas la llevaron hasta una cueva oscura. Valentina, sin mirar atrás y envuelta por el silencioso manto de la oscuridad, entró. Nada más entrar, se fijó en una pequeña luz a lo lejos y con cuidado se acercó, agachada y sin hacer ruido. Valentina, por mucho que lo intentó, no pudo ver dónde estaba la salida. Una vez estuvo cerca, escuchó una voz muy familiar.

—¿A qué estamos esperando, Elizabeth? —dijo Gabriel.

—A que vengan Irma y María con las personas que te van a ayudar a instalarte en tu nuevo hogar —dijo Elizabeth—. Mira parece que ya vienen.

Valentina consiguió esconderse detrás de un grupo de piedras grandes, cerca de la carreta y observaba la escena: Gabriel y Elizabeth se encontraban en un claro iluminado por varios candiles que estaban colocados en el suelo, Gabriel estaba apoyado en la carreta y miraba al lugar donde señalaba Elizabeth, al otro lado de la cueva. Pasados unos instantes, aparecieron las demás acompañadas por tres hombres. Uno de ellos llevaba un candil, era un hombre algo gordo, un poco calvo y con barba descuidada. El poco pelo que le quedaba lo llevaba en punta.

—Gabriel, estos hombres te van a ayudar en tu nueva vida —dijo Elizabeth.

—Todas me decís eso, pero ninguna me dice cómo será esa nueva vida —protestó Gabriel mientras se separaba de la carreta.

—Deja de protestar —le increpó María.

Un silencio tenso se apoderó del claro, nadie se movía. Valentina consiguió acercarse hasta la parte trasera de la carreta. Desde ese lugar podía ver la espalda de Gabriel.

—Nos toca decirte adiós —dijo Elizabeth, lo abrazó de forma que Gabriel quedara de espaldas a los hombres.

Gabriel no pudo ver como los dos hombres, los que acompañaban al calvo, se aproximaban poco a poco. Uno de ellos era un hombre alto y escuálido, con el pelo oscuro que le cubría la mitad de la cara. El otro era mucho más bajo, con unos brazos muy anchos y con la barbilla partida.

—Gracias a todas, gracias por cuidar de mí. Por favor, cuidad de Valentina, se hace la dura para que los demás no se preocupen por ella. Decidle que la ... —no pudo acabar la frase porque el hombre con la barbilla partida le agarró la cabeza con las dos manos y la giró de forma brusca.

Soltó a Gabriel y cayó al suelo, seguía teniendo los ojos abiertos. No se movía. Valentina estaba paralizada, no podía moverse. Apretó con fuerza el amuleto de Gabriel, los restos del amuleto se le escaparon de su mano temblorosa. Los ojos inertes de Gabriel miraban en su dirección, nunca iba a poder olvidar esos ojos verdes sin vida.

—Ahora podremos disfrutar de un nuevo manjar, me pido los riñones —dijo uno de los hombres, tenía una voz grave con una boca amplia creada para susurrar con unos labios muy finos.

—¡Yo me pido los ojos! —dijo el de la barbilla partida.

—¡Ya basta! Sabéis que esto no va así, nosotros no decidimos nada —dijo el hombre que llevaba el candil—. Coged el cuerpo y llevadlo a nuestra carreta, ¡ya!

Su grito resonó por toda la cueva, entre los dos levantaron el cuerpo sin vida de Gabriel y se alejaron del claro internándose en la oscuridad. Cuando sus compañeros se alejaron, el hombre calvo se aproximó al grupo de mujeres con los brazos abiertos.

—Gracias por la mercancía, siempre de buena calidad —sonrió mostrando una boca sin apenas dientes—, hasta la próxima entrega.

Sin esperar respuesta, se marchó en la misma dirección que sus compañeros.

Elizabeth, Irma y María seguían en el mismo sitio y hablaban entre ellas, Valentina no las escuchaba, su cuerpo estaba en la cueva, pero su cabeza estaba en los momentos en los que era feliz y no lo sabía, y ahora se daba cuenta.

—Es hora de volver —dijo María.

Aquellas palabras devolvieron a Valentina al presente, empezó a sentir el sabor del pánico en la garganta. Tenía que regresar. Lo más rápido y sigilosa que pudo volvió a la granja. Todas las luces de la casa estaban apagadas. Corrió a la parte trasera y entró por la misma ventana que daba al baño.

Antes de salir del baño, Valentina comprobó si Eyra esperaba a sus compañeras, la primera planta estaba vacía. De puntillas subió las escaleras y entró en el cuarto. Todos estaban durmiendo, dentro de la granja tenía tres dormitorios: uno para las cuidadoras, otro para los más pequeños y el último, donde dormía Valentina con el resto de niños más grandes. El cuarto estaba muy oscuro, apenas podía ver nada, caminó con las manos extendidas y cuando consiguió llegar a la cama, se sentó. No podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido, era una pesadilla. María, Irma y Elizabeth estaban allí, lo más seguro es que Eyra también estuviera implicada, Valentina no podía fiarse de nadie. No sabía cómo contárselo a los niños, tenían que huir de la granja y para eso tenía que saber más. Debía de entrar en el cuarto de las cuidadoras.

—¿Pudiste despedirte? —dijo una voz rompiendo el silencio.

A Valentina casi se le paró el corazón. De pronto surgió la luz y Valentina pudo ver a Estelle y a Marcos en la cama de Gabriel. Marcos llevaba una caja de cerillas en una mano y en la otra tenía una encendida.

—¿Se puede saber qué...? —empezó a preguntar Valentina pero se interrumpió al ver las cerillas—. ¿Robando otra vez, Marcos?

—Irma fuma mucho —contestó Estelle por su hermano—, no se dará cuenta

—¿Pudiste despedirte? —volvió a preguntar Marcos.

—No pude —se estiró y sopló, apagando la cerilla—, llegué tarde.

Valentina se acostó, cerró los ojos e ignoró las preguntas de los gemelos, que se marcharon poco después. Desde que vio caer a Gabriel no había dejado de sentir un dolor sordo en el corazón y en el estómago, un dolor que no quería desaparecer y que tan solo iba a más. Cuando más empeoraba era en los momentos en los que pensaba en Gabriel y no dejaba de pensar en él. Detrás de los párpados cerrados los ojos de su amigo parecían salir uno detrás de otro, para desaparecer y reaparecer sin parar, hasta que se quedó dormida. Al día siguiente fingió estar enferma para no tener que salir y ver las caras de Irma, María y Elizabeth; esperó encerrada en su cuarto hasta la hora de la cena.

Salió del cuarto y se tropezó con una bandeja con comida en el suelo, dentro encontró una cerilla. Se acercó al cuarto de las cuidadoras que estaba enfrente y probó a abrir la puerta. Estaba abierta.

En el cuarto había cuatro camas con las mismas mantas de color burdeos, dos a cada lado, un escritorio al fondo de la habitación con una vieja radio que ocupaba toda la mesa y una estantería al lado llena de archivadores. Valentina empezó a leer los títulos de los archivos que estaban en la estantería: *producción 2011-2012*, *producción 2012-2013* y más archivadores todos perfectamente ordenados; cogió el más reciente: *producción 2017-2018*. Lo abrió y en cada página leyó varios nombres, debajo de cada uno, en letras grandes y rojas estaba escrito: *entregado*. Valentina recordaba esos nombres, pertenecían a niños que una vez habían vivido en la granja.

Pasó las páginas hasta que vio el nombre de Gabriel. Valentina esperaba y deseaba no encontrarse su nombre escrito, puso la mano bajo el nombre de su amigo y evitó leer la palabra en rojo. No quedaban muchas páginas en el archivador, tragó saliva y con la mano temblorosa, pasó a la siguiente. Vio su propio nombre y en las mismas letras rojas ponía: *entrega pendiente de confirmación*.

—¿Hay alguien ahí? —la voz sobresaltó a Valentina, que dejó caer el fichero al suelo—.

Repito: ¿hay alguien ahí?, el señor Julius quiere saber el estado de los productos.

La voz procedía de la radio.

—Valentina ¿Se puede saber qué haces aquí? —Valentina estaba tan concentrada en la radio que no se fijó en que Eyra había entrado en la habitación.

—¿Tú también estás con ellas? ¿Sabes lo que le pasó a Gabriel? ¿Qué soy? ¿Qué somos?

—Las preguntas salieron atropelladas por su boca.

—Valentina, mi niña, no tendrías que haber visto nada. Nosotras trabajamos para ellos, tememos por nuestras vidas —dijo Eyra—. Lo siento, cariño, no teníamos opción.

—Pero... ¿por qué? —tartamudeó Valentina.

—El mundo no es como os hemos enseñado, tampoco como salen en los libros —empezó a explicar Eyra—, la avaricia redujo el número de recursos a mínimos y se tuvieron que adoptar medidas más extremas.

—¿Y una de esas medidas es la de comer...? —Valentina no pudo acabar la pregunta.

—¿Qué pretendes conseguir Valentina?

—Ayúdanos a escapar, debo salvar a todos los niños, ¡por favor!

—¿A todos? —preguntó incrédula—, imposible, ya sería difícil sacarte a ti sola.

—¡No puedo irme y dejarlos aquí! —gritó Valentina, no podía irse de ese lugar y dejar a todos los niños para que les hicieran lo mismo que le habían hecho a Gabriel.

—Podría sacarte a ti sola —contestó Eyra—, te esperaré en la entrada cuando todos se hayan ido a dormir ¡corre, antes de que vengan las demás!

Valentina salió corriendo, volvió a su habitación y se acostó en la cama. Pensó en todo lo que acababa de descubrir y también en la conversación con Eyra. Valentina no sabía si debía confiar en Eyra, no quería arrastrar a su pequeña familia a una muerte segura, tampoco podían quedarse en la granja sin hacer nada. Valentina tomó una decisión: saldría de ahí; volvería con ayuda y se vengaría por la muerte de Gabriel.

Por la noche, cuando todos estuvieron dormidos, Valentina salió de su cuarto sin hacer ruido y salió por el baño como la noche anterior. El frío golpeó a Valentina en los dientes al salir. Eyra ya la estaba esperando frente a la entrada con un candil encendido.

—Justo a tiempo —dijo Eyra—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Empezaron a caminar en silencio y no pararon hasta que llegaron a la misma cueva donde había estado la noche anterior.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo Valentina con voz temblorosa—. ¿No hay otro camino?

—No, toda la granja está rodeada por un muro y siempre está vigilada, ¿entiendes por qué no os dejamos ir muy lejos? —Empezó a caminar sin esperarla—. Este es el único camino.

Andaron hasta que llegaron a un claro en la cueva. Todo estaba oscuro excepto por la zona alumbrada por el candil. Valentina continuó caminando, al notar que Eyra no caminaba, se giró.

—¿A qué estamos esperando? ¿No dijiste que no teníamos mucho tiempo? —dijo Valentina.

—No tenemos tiempo, tienes razón.

Eyra se acercó a Valentina y esta notó que algo se le clavaba en el estómago. Un cuchillo.

—¿Por qué? —consiguió decir Valentina.

—Porque tenemos que comer —dijo con una sonrisa que helaba la sangre.

Valentina se desplomó inerte, unas lenguas de sangre oscura se deslizaron sobre su camisa formando un charco debajo de ella. Ni Eyra, ni los hombres que llegaron después vieron a los

gemelos que observaban todo desde la seguridad de la oscuridad.